

PERSPECTIVAS

OSVALDO MUÑIZ

Cuando se mueve el piso

El simulacro de terremoto que organizó la Oficina Nacional de Emergencia (Onemi) permitió verificar el grado de coordinación interinstitucional para prevenir y mitigar las consecuencias de un desastre natural.

Siendo esta la primera experiencia, se podría decir que cumplió con creces su objetivo. Se entra ahora a una etapa más compleja, la de crear conciencia acerca de la necesidad urgente de que las instituciones que tienen que ver con el problema coordinen su trabajo. También es preciso repetir la experiencia en las distintas regiones del país para llegar a una tercera etapa de máxima coordinación nacional.

Chile es un país sísmico: en los últimos 300 años se detectaron más de cien movimientos de magnitud, numerosos maremotos y cerca de 50 erupciones volcánicas importantes, uno de los más altos registros mundiales.

Si se toma en cuenta que

en los últimos 50 años estos desastres han ocasionado más de 30 mil muertes, cerca de 70 mil heridos y más de cuatro millones de damnificados, con pérdidas materiales muy cuantiosas y serios trastornos económicos y sociales, la preparación y educación sobre los terremotos debería ser mucho mayor.

La Onemi creó una "emergencia compleja" ante un desastre natural que malogra los servicios vitales de una gran urbe.

Esa emergencia implica reorganizar una vasta cantidad de servicios y volver a la normalidad a una



gran cantidad de personas que se han quedado sin agua, techo, energía, alimentos y atención médica.

Estas prácticas ponen de manifiesto que la coordinación de los diversos servicios es insuficiente y que estos no están en condiciones de atender en forma rápida los múltiples focos de desastre.

Aunque los servicios públicos y los organismos de protección civil tienden a ser muy eficientes en sí mismos, ello no garantiza que puedan combinarse entre sí y formar un cuerpo de funcionamiento múltiple y dinámico. Se necesita un aparato de comunicaciones integrado y una reducción de las órdenes de cada servicio en favor de las órdenes generales de la Onemi. Sólo así es posible manejar las emergencias provenientes de múltiples focos agregados o desagregados geográficamente y en algunos casos de carácter repetitivo. No se debe olvidar que se trata de

fenómenos naturales que provocan daños de diversa magnitud en grandes zonas, muchas veces agravados por las réplicas que siguen al sismo principal.

Por lo tanto, para la labor de prevención es preciso no sólo realizar estos simulacros, sino también educar en forma constante a la población en los centros de trabajo, educación y recreación; dar a conocer las disposiciones relativas a la evacuación de los edificios de uso público y de las zonas abiertas, y llevar a cabo un trabajo insistente de concientización a través de los medios de comunicación. En suma, la mitigación de los efectos catastróficos de un terremoto comienza con una labor social general.

Doctor en Geociencias, miembro del Consejo de Redacción de LA NACION.

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

La macro y la micro

Mi desconfianza por las estadísticas data de los tiempos en que se aseguró - dato cuya falsedad se comprobó posteriormente - que en Chile había siete y media mujeres por hombre. Si eso era cierto, ¿dónde estaban las seis y media que a mí me faltaban? Esta desconfianza por las estadísticas estaba en concordancia, por lo demás, con mi total ignorancia de las ciencias económicas, ignorancia que quedó en evidencia cuando mi examen de Política Económica en la Escuela de Derecho fue calificado con tres degradantes bolitas negras. Vaya en descargo de esta ignorancia el que la comparta la mayoría de nuestra población, cuyo porcentaje exacto ni estadísticos ni economistas han creído de interés determinar.

Carezco pues en absoluto de autoridad para referirme a la economía dizque floreciente y ejemplar de Chile, salvo la observación que puedo hacer como cualquier hijo de vecino de una realidad que no está sesgada por porcentajes de PGB, IPC, IGPA e IPSA y otras combinaciones alfabéticas que hacen las delicias de nuestros avispados economistas, pero que nada le significan al hombre corriente, ese que se supone debe ser el centro y el objeto de las ciencias

económicas.

Cuando visito a mis amigos ricos en La Dehesa o en Los Dominicos quedo asombrado por las nuevas y fastuosas mansiones que ahí se han construido, los cuatro o cinco automóviles aparcados en ellas. Observo los cuidados jardines, las espléndidas piscinas y canchas de tenis, miro a sus habitantes vestidos impecablemente con ropas de Ralph Lauren o de Boss y ante esta indesmentible realidad debo reconocer que es verdadero lo que leo en los diarios, que estamos viviendo un boom, que nuestros economistas le han pegado el palo al gato y que se ha producido el milagro chileno. ¿No es acaso milagroso el excesivo y a veces hasta insolente despliegue de tanta riqueza y tanto bienestar?

Mi satisfacción y optimismo comienzan a flaquear, sin embargo, cuando voy a uno de los tantos malls construidos como reflejo de tanta prosperidad. Ahí veo la cantidad de gente más modestamente vestidas que pasean su ocio mirando vitrinas, pero apenas si comprando un helado, y cuando consulto a algún comerciante, me dice que las ventas están bajas, que no hay poder comprador y me

añade con acento de entendido que esto se debe al ajuste, que la baja de intereses que decretó el Banco Central no ha sido suficiente.

Pero mi quehacer diario me lleva también a otros sectores de Santiago, a las poblaciones marginales, y ahí experimento la sensación de que el tiempo se ha detenido. La misma pobreza, el mismo hacinamiento en las casas, muchachos chutendo piedras en las esquinas, cuando no están buscando formas ilícitas para conseguir dinero para adquirir la pasta base.

Le pregunto a una pobladora si no está satisfecha de que el gobierno esté ganando la batalla contra la inflación y lo bajo que está el IPC y me mira con los ojos en blanco. Ella de IPC no sabe nada; sí sabe que lo poco que consume le cuesta una quinta parte más que a comienzos de año.

He recurrido a un amigo economista para que me explique este fenómeno y le consulto si entre todas las estadísticas que manejan están los porcentajes en que ha aumentado la distribución de la riqueza, porque una cosa - argumento yo - es el ingreso per cápita y otro el ingreso por cabeza. Mi amigo me mira

compasivamente y me explica que todo eso vendrá por sí solo, que yo estoy preocupado por la microeconomía, pero que lo importante es la macroeconomía, que si esta va bien la microeconomía necesariamente llegará a estar bien. "¿Pero cuándo?", pregunto yo. "No seas apurete", me contesta. "El

mercado se encargará".

Bueno. Algo he aprendido. Que hay una macroeconomía para los ricos, que se movilizan en auto, y una microeconomía para los pobres, que se movilizan, naturalmente, en micro.

Si lo hubiera sabido antes, tal vez no me hubieran rajado en Política Económica en la Escuela de Derecho.

